

EL SILENCIO ORIGINARIO EN EL PENSAR DE HEIDEGGER*

Jorge Eduardo Rivera

El presente trabajo es una meditación sobre el texto titulado "Desde la experiencia del pensar", de Martin Heidegger. La finalidad de esta meditación es descubrir la oculta región del silencio originario, que es aquella de donde viene y adonde retorna en todo momento el pensar de Heidegger en la época posterior a los *Beiträge zur Philosophie*. La experiencia del pensar no consiste en un esfuerzo del pensamiento meramente conceptual, sino que es, más bien, algo así como un mirar o un escuchar muy hondo, que nos abre, en definitiva, al Ser mismo, que se hace sentir en la forma de un silencio radical. Desde ese silencio brota una interpelación de nuestra existencia, y en la escucha de esta interpelación consiste fundamentalmente la experiencia del pensar.

JORGE EDUARDO RIVERA CRUCHAGA. Doctor en Filosofía. Realizó sus estudios en Alemania, en las universidades de Friburg y Heidelberg, donde obtuvo su doctorado, y en España en la Sociedad de Estudios y Publicaciones de Madrid. De sus publicaciones cabe destacar su reciente traducción de *Ser y tiempo*, de Heidegger, publicada por Editorial Universitaria (1997). Actualmente se desempeña como profesor titular del Instituto de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

* Conferencia pronunciada el 17 de junio de 1997 en el marco del ciclo para estudiantes universitarios "Pensamiento y silencio", organizado por el Centro de Estudios Públicos. La conferencia que dio Carla Cordua en ese mismo ciclo, titulada "Wittgenstein y los sentidos del silencio", aparecerá en una próxima edición de *Estudios Públicos*.

Quisiera invitar a los aquí presentes a hacer una experiencia bastante inhabitual, que bien podría tornarse en un momento de auténtica filosofía. Pero debo advertir que para eso será necesario que intentemos desprendernos de todo lo consabido y usual para aventurarnos por unos senderos que, a decir verdad, no son nada fáciles de transitar. Algo así como quien camina por el mar, a riesgo —claro está— de hundirse, de extraviarse y de perder la acostumbrada seguridad. Lo que les propongo es que escuchemos atentamente algunas palabras de Martin Heidegger y que nos dejemos llevar por ellas hacia donde ellas nos quieran conducir, aunque fueren parajes insólitos, desconocidos o aparentemente muy poco filosóficos. No sé si al hacer esto lo verdaderamente importante será aprehender lo que se nos dice o —más bien— dejarnos llevar hasta una región donde a primera vista no hay nada que descubrir, ninguna cosa de interés para intelectuales, pero en la que, a mi modo de ver, se juega todo lo que importa al pensar. Me refiero a la región del silencio originario.

Vamos a hacer el intento de escuchar cuidadosamente aquello *de dónde viene y adonde retorna* en todo momento el pensar de Heidegger en la época posterior a los *Beiträge zur Philosophie*, y vamos a empezar escuchando una primera melodía, que se encuentra en un texto refrescante, que lleva por título *Aus der Erfahrung des Denkens*, “Desde la experiencia del pensar”, y cuyo subtítulo nada académico es *Unten den hohen Tannen hindurch*, “Debajo y a través de los altos abetos”. ¿Escuchan ustedes? Desde la experiencia del pensar, y a través de los altos abetos. Se preguntarán ustedes qué tiene que ver la experiencia del pensar con los altos abetos. Y está bien que se lo pregunten. Lo que no estaría bien sería que ustedes deslizaran por debajo de esas palabras ciertas ideas estereotipadas de lo que es el pensar o —peor aun— de lo que son los altos abetos. Los abetos de los que aquí se habla son los de la Selva Negra. Bien podrían ser —igualmente— los alerces de nuestras tierras sureñas. Lo importante es no quedarse mirando esos abetos, no convertirlos en inmóviles estatuas de una contemplación, lo importante es mirar *a través* de ellos. Vale decir, ver lo que tras esos abetos se esconde y lo que en ellos se sugiere.

Cuando digo “ver”, no estoy utilizando ninguna metáfora, no estoy transportando nada de un lado para otro: del mirar y ver de los abetos con los ojos de nuestro cuerpo, hacia un mirar y ver que tendría lugar con los “ojos del alma”, como diría Platón. No me refiero a eso, sino a otra cosa mucho más simple y elemental. Y es que cada vez que vemos con los ojos del cuerpo, experimentamos al mismo tiempo —y en esta experiencia se encuentra ya un germen de pensar radical— que ese ver está como “reduci-

do” y “estrechado”, y que lo que hay en él de ver no es tanto el que sea un ver de los ojos del cuerpo, cuanto, más bien, esa extraña cualidad, muy honda y perfectamente palpable que es precisamente lo que entendemos en el fondo y siempre por el ver. No es que el ver sea primero y fundamentalmente el ver de los ojos corporales, y que luego, en un sentido traslaticio y derivado, lo “apliquemos” al ver del alma. Es que el ver es originariamente un ver más radical, más amplio y más libre que el que experimentamos cuando vemos con los ojos de nuestro cuerpo, donde ese ver se encuentra “reducido”, “estrechado”, introducido en la “horma” de los ojos de carne.

Los invito, pues, a mirar y a ver con los ojos del cuerpo, pero —a la vez— de un modo más hondo que todo ver que se reduce a ver con los ojos del cuerpo. Los invito a ejercer, junto con el ver de los ojos, otro ver más profundo y más real, un ver que es *ver* en el sentido pleno de la palabra. “A través de los altos abetos” y “desde la experiencia del pensar”.

La experiencia del pensar. No se trata de un esfuerzo pensante, de estirar y retorcer conceptos, a ver si logramos coger una determinada cosa en las redes de un pensamiento que de este modo se apoderaría de ella. No. *La experiencia del pensar es como mirar a través de los altos abetos de la Selva Negra.*

Estamos en la cercanía de la cabaña de Heidegger en Todtnauberg. Amanece. La mañana gélida no ha llegado aún hasta nosotros, pero cae gota a gota desde el cielo nocturno.

*Wenn das frühe Morgenlicht still über den
Bergen wächst [...]*

Cuando por encima de los montes
la temprana luz matinal silenciosamente crece [...]

“Silenciosamente.” Ahora tenemos que oír este silencio de la luz creciente. Todavía están los montes oscuros, pero por encima de ellos —calladamente— crece la luz matinal. Allí y entonces. Espacio y tiempo. Montes y crecimiento silencioso.

¿Qué pasa en la oscuridad evanescente del alba? En la oscuridad del alba viene simplemente la luz.

*Die Verdüsterung der Welt erreicht nie
das Licht des Seyns.*

El oscurecimiento del mundo jamás alcanza
la luz del Ser.

No se llega al Ser por abstracción del mundo, dejando o eclipsando al mundo. La oscuridad de los montes no alcanza por sí misma la luz del

alba. La luz del Ser viene a nosotros como un milagro —calladamente. La luz del Ser viene desde fuera del mundo, pero también desde dentro del mundo. No es el abandono de los entes, ni ninguna astuta manipulación de parte nuestra, lo que trae la luz del Ser. La luz del Ser —como la luz del alba— crece por encima de los montes, silenciosamente, por sí misma, al paso con que ella quiera venir. Lenta y calladamente.

En medio de este mundo nuestro de manipulaciones y ajetreos, se oye, ahora, de pronto, esta palabra simple y potente: “por encima de los montes la temprana luz matinal silenciosamente crece”. La luz es lo plenamente abierto y es, al mismo tiempo, lo aperiente. Es lo que ilumina, es lo libre, es lo sagrado. Dejemos que la luz crezca silenciosamente por encima de los montes. Silenciosamente. Sin esfuerzos de nuestra parte. Porque la luz del Ser nos tiene ya cogidos antes que podamos hacer ninguna cosa. Antes de todas nuestras decisiones y manipulaciones, ya hemos sido iluminados y tocados en nuestro ser mismo por el Ser. En el Ser estamos.

La luz crece en medio de la oscuridad del mundo. Estamos en plena noche. Ya no se escucha ninguna voz, ni la de Dios ni la del Ser. Pero allí crece silenciosamente una luz que quiere venir. Este paso silencioso de la luz es una historia anterior a nuestra historia: es un acontecer que mueve todo acontecer. Incontrolablemente, la luz matinal crece.

*Für die Götter kommen wir zu spät und
zu früh für das Seyn.*

Llegamos demasiado tarde para los dioses y
demasiado pronto para el Ser.

Medianoche. Ya sin Dios ni dioses. Aún sin Ser. Se siente frío en el mundo. Mas, silenciosamente desciende la luz del Ser. Por encima de los montes la sentimos venir. Y es justamente esa vislumbre de la luz que se acerca inesperadamente, esa vislumbre —ese *Ahnen*— eso, precisamente, es el pensar de que habla Heidegger. ¿Cómo sabe usted que se acerca la luz del Ser?, nos preguntan. Y replicamos con una contrapregunta: ¿Y cómo sabe usted que empieza a aclarar en medio de la oscuridad del alba?

*Wir kommen nie zu Gedanken.
Sie kommen zu uns.*

Jamás vamos nosotros hacia los pensamientos.
Son ellos los que vienen a nosotros.

El pensar no está en nuestra mano. No es una *acción* humana. No es algo que nosotros conquistemos. El pensar viene a nosotros con la luz del

Ser: en silencio, sobre las alas de la aurora. Pensar no es hacer. Pensar es *dejar* que algo suceda: *Gelassenheit*, abandono. Es dejar todo lo nuestro, y dejarnos a nosotros mismos: pura espera, acogida de lo que viene, cuando quiera venir.

El Ser... *Dessen angefangenes Gedicht
ist der Mensch.*

Su apenas iniciado poema
es el hombre.

¿Quiénes somos entonces? Ciertamente no esos animales racionales que creemos ser. Y no es que sea falso decir que lo somos. Es que ese decir no arroja ninguna luz sobre lo que propia y radicalmente somos. Podemos representarnos al hombre como una especie animal entre otras. Y para distinguirla de las demás, podemos “dotar” al hombre de logos, de palabra y también —si se quiere— de razón, es decir, de inteligencia aprehensora y discurrente. El hombre es todo eso, ¿qué duda cabe? Pero, *antes* de ser eso, y *para* que pueda serlo (es decir, para que pueda pre-sentarse allí frente a nosotros —¿a nosotros? —) como algo que se muestra en el ámbito abierto de todo lo *que es*, ya debe haber ocurrido lo más decisivo: debe haberse abierto el espacio del Ser, en el que “hay” animales y —entre ellos— animales “dotados de logos”. Pues bien, ese espacio previamente abierto para que comparezcan ante nosotros los animales, ese espacio abierto del Ser, donde surgen los entes, es precisamente el prerequisite para que haya animales y cualquier otra cosa. Eso: el ámbito abierto del Ser, en el que el hombre habita, *eso es lo originario*. Y el hombre que lo habita no es sino el morador de esa morada del Ser. El hombre es, antes que cualquier otra cosa, un *Da-sein*, un estar —*sein*— en el *Ahí* —*Da*— de lo abierto. El hombre es la hendidura donde irrumpe el Ser.

*Dessen angefangenes Gedicht
ist der Mensch.*

Su apenas iniciado poema
es el hombre.

Poema del Ser. Creatura del Ser. Dictado del Ser. Apenas iniciado:
puro abertura, puro *Ahí*.

Auf einen Stern zugehen [...]

Ir hacia una estrella [...]

Hacia la estrella de un único pensamiento, en marcha hacia la luz naciente. Iniciado poema, ábrete a la luz. En una sola dirección. Fascinado, atraído, apremiado desde dentro. ¿Desde dentro? Sí, desde ese dentro que es lo máximamente fuera de nosotros mismos. Somos lo que aún no somos, lo que jamás podremos llegar a ser. Recién iniciado poema.

Sobre la tumba de Heidegger, en el cementerio de Messkirch, junto a la de sus padres, hombres de Dios, leemos esta frase: *Auf einen Stern zugehen*, “ir hacia una estrella”. Descansando en su tumba, Heidegger marcha a la cabeza de una columna de solitarios: hacia una estrella.

También las estrellas brillan en el silencio de la noche. En la media-noche de hoy, sin Dios, y sin pesadumbre siquiera de no tener a Dios, calladamente, el pensar avanza hacia una estrella.

*Weg und Waage
Steg und Sage
finden sich in einem Gang.*

*Geh und trage
Fehl und Frage
deinen einen Pfad entlang.*

Camino y balanza
vereda y decir
andando se encuentran

Ve y soporta
ausencia y pregunta
a lo largo de tu único sendero.

Iniciación al pensar: ve y soporta la ausencia, soporta la pregunta, soporta la oscuridad mientras marchas. ¿Por cuál vereda? Camino y balanza, vereda y decir andando se los encuentra. *Desde la experiencia del pensar*. La experiencia del pensar es dirigirse a una estrella. No importa por dónde, importa la estrella. Andando se encuentra el equilibrio y la palabra. Ve y soporta la ausencia de Dios, la ausencia del Ser. Caminar es soportar: *Der Schmerz verschenkt seine Heilkraft dort, wo / wir sie nicht vermuten*, “El dolor otorga su fuerza salvadora allí donde no la sospechamos”. *Geh und trage...* ¡en marcha!, dolorosamente.

Cuando la veleta ante la ventana de la cabaña
canta con la tempestad que se cierne [...]

[...]

Si el coraje del pensar deriva de la exigencia
del Ser, entonces atina en el lenguaje del destino.

“De la exigencia del Ser.” Exigencia es aquí *Zumutung*, apelación al *Mut*, al ánimo del hombre, al sentir. Si el Ser —como el viento a la vela— embiste al sentir humano, entonces y sólo entonces, brota de éste el pensar, y ese pensar atina en la palabra: *Steg und Sage* —sendero y palabra— se los halla caminando, en marcha hacia una estrella.

*Denken ist die Einschränkung auf einen
Gedanken, der einst wie ein Stern am Himmel
der Welt stehen bleibt.*

Pensar es limitarse a un solo
pensamiento, que, como una estrella,
quedará alguna vez en el cielo del mundo.

¿De dónde sale ese solo pensamiento?

*Sobald wir die Sache vor den Augen und im Herzen
das Gehör auf das Wort haben, glückt das Denken.*

Apenas ante los ojos la cosa y en el corazón
el oído hacia la palabra tengamos, florecerá el pensar.

“La cosa.” ¿Cuál es esta cosa? Es la cosa del pensar, la que mueve al pensar cada vez que el pensar se mueve. La cosa del pensar es el Ser. “Si el Ser ante los ojos.” ¿Ante qué ojos? Ante la mirada que se abre sobre el mundo, ante la acogida simple e inocente a la que le es confiado *die Pracht des Schlichten*, “el esplendor de lo sencillo”. Asombro, ojos abiertos, esplendor de lo simple. El Ser es lo simple. Lo simple está en todas partes. Lo rebuscado, lo difícil, lo complejo, lo artificioso, es raro, es escaso. Lo simple corre dulcemente por debajo de la existencia.

“Apenas ante los ojos la cosa.” “Y en el corazón el oído hacia la palabra.” El oído abierto sobre el silencio en el que de pronto se configura la palabra. La palabra del Ser, esto es, la palabra que el Ser nos dirige, y a la que respondemos en nuestro lenguaje humano con esa otra palabra que es *Antwort* —una re-spuesta— al *Zuspruch des Seyns*: a la interpelación del Ser.

Si todo ello ocurre —ojos y oídos, cosa y palabra— entonces se despliega el pensar. El pensar no es algo que nosotros hagamos, es algo que se nos da como un regalo. *Das Denken bleibt hart am Wind der Sache*, “el pensar permanece firme al viento de la cosa”.

*Wenn unter aufgerissenen Regenhimmel
plötzlich ein Sonnenschein über das Düstere der Matten gleitet ...*

Cuando entre los cielos de lluvia, desgarrados, un
repentino rayo de sol se desliza sobre las sombras
de los prados...

Tal es la hora propicia al diálogo: diálogo del hombre con el Ser, diálogo entre aquellos que escuchan. *Es erheitert zur geselligen Besinnung*, “Se despeja el cielo para la meditación en común”.

¿Qué es esta meditación? Meditación es *Besinnung*, es la vuelta al lugar donde ya estamos. *Besinnung* es apertura del *Sinn*, del sentido, esto es, iluminación de lo abierto de nuestra morada. Y muchos marchan juntos por lo abierto del mismo Ser. Es allí —nos dice Heidegger— donde surgen los pensadores como contertulios en el oficio del pensar.

Se ha dicho que Heidegger descuida lo social y se concentra en la soledad de la existencia individual. ¡Se han dicho tantas cosas disparatadas sobre Heidegger! La contraposición entre lo social y lo individual es una de esas fabulosas flores artificiales que han surgido en la época moderna. En realidad, sólo pueden encontrarse los solitarios. Allí donde no hay individualidades, no hay tampoco nada en común. (¿Han escuchado ustedes palabra más admirable que ésta: “en común”?). Donde se desvanecen las existencias solitarias, desaparece también la posibilidad de compartir. Y entonces surge lo anónimo, lo im-personal, lo de nadie, es decir, surge ese “sujeto” que no es nada ni nadie. Heidegger lo llama *das Man*, el uno, el “se” o, lo que es igual, “lo público”. Lo *público* no es lo común, sino lo que no es de nadie. De tanto ser de todos, no es propiamente de nadie. Y, por consiguiente, es lo más opuesto que hay a lo *común*, ya que esto último es lo que es de cada uno y, consecuentemente, de todos “en común”. La comunidad es siempre “en-comunidad”. Y la “en-comunidad” preexige soledades compartidas. Sólo en la luz del Ser hay comunidad, sólo allí hay sociedad y hay encuentro. Pero la luz del Ser no sólo ilumina lo que es común, sino que también ilumina las honduras del ser de cada cual, de ese ser que es cada-vez-mí, *jemeinig*. Sólo se puede ser cada-vez-mí a la luz del Ser. En esa luz del Ser que ilumina los abismos de la individualidad, se plasma la *Geselligkeit*, la camaradería: *Es erheitert zur geselligen Besinnung*, “se despeja el cielo para la meditación en común”.

*Wenn im Vorsommer vereinzelt Narzissen
verborgen in der Wiese blühen und die
Bergrose unter den Ahorn leuchtet [...]*

Cuando en primavera aislados narcisos
florece ocultos en la pradera,
y la eglantina brilla bajo el arco [...]

“Sólo la figura preserva la visión, / pero la figura reposa en el poema.” *Im Gedicht*, en el dictado en común, en lo reunido por el logos del Ser.

*Wenn am Sommertag der Falter sich auf die
Blume niederlässt und, die Flügel geschlossen,
mit ihr im Wiesenwind schwingt [...]*

Cuando en día de verano la mariposa sobre la
flor se asienta y, las alas plegadas,
con la flor al viento del prado se balancea [...]

Toda situación de ánimo es eco al
ánimo del Ser, que nuestro pensar
reúne en el juego del mundo.

Los estados de ánimo inducen al pensar. Sin ellos, el pensar sería un mero tableteo de conceptos y cascarilla de palabras. Los estados de ánimo —balanceo de la mariposa en la flor— son el eco de nuestro ánimo a la embestida del Ser —el viento del prado— que nos lleva al recogimiento en medio del juego del mundo.

Im Denken wird jeglich Ding einsam und langsam

En el pensar toda cosa se vuelve solitaria y lenta.

El pensar acoge y recoge las cosas y, al acogerlas, las vuelve solitarias y lentas. Antes del pensar todo es confuso y precipitado. El pensar da a cada cosa su tiempo.

In der Langmut gedeiht Grossmut

En la paciencia crece la magnanimidad.
Lo más antiguo de lo antiguo llega en nuestro pensar
por detrás de nosotros y, sin embargo, se nos adelanta.

Por eso el pensar se atiene a la venida
de lo ya sido, y es recuerdo.

Ser antiguo significa pararse a tiempo allí
donde el pensamiento solitario de un camino de pensar
se pliega en sus recodos.

Arriesgamos el salto atrás desde la filosofía al
pensar del Ser, tan pronto como
llegamos a estar en casa en el origen del pensar.

La filosofía es lo penúltimo. Lo último es el pensar, el habitar en la morada movediza del Ser, viento en la pradera. No abandonamos la filosofía, sino que la refundamos. La filosofía surge luminosa desde el silencio del Ser. “Lo más antiguo... llega en el pensar por detrás de nosotros.” Y se hace venidero: luz matinal por encima de los montes. El pensar es el recuerdo de lo más antiguo. Recuerdo del silencio.

*Wenn in den Winternächten Schneestürme
an der Hütte zerren und eines Morgens die
Landschaft in ihr Verschneites gestillt ist.*

Cuando en las noches de invierno tempestades de nieve
sacuden la cabaña, y al amanecer
el paisaje se ha quedado silencioso en su blancura.

* * *

Si me han seguido ustedes hasta aquí, es muy probable que esté resonando dentro de ustedes una doble inquietud. Todo lo dicho está muy bien, se dirán; pero, ¿no es esto poesía más bien que pensamiento? ¿Dónde está en lo que aquí se ha dicho el rigor del concepto? ¿Qué garantía se nos da de que acertamos en la verdad? El otro reparo se expresará posiblemente en la pregunta acerca del silencio originario. ¿Qué significa y qué es ese silencio al que una y otra vez se ha aludido? ¿Por qué lo llamamos originario?

Quisiera salir al paso de estas interrogantes de la mano de otro texto de Heidegger, un texto sumamente breve, que se titula *Das Wesen der Philosophie*, escrito hacia la mitad del decenio de 1940, y publicado hace pocos años por la *Heidegger-Gesellschaft* en edición de 500 ejemplares que reproducen el texto manuscrito de Heidegger.

Ese texto habla precisamente de la relación del pensar con la poesía, y remite constantemente al silencio originario del Ser.

“Experimentar la esencia de la filosofía —nos dice Heidegger— significa adentrarse en la relación de la filosofía con la poesía.” Esto quiere decir: no se entiende la filosofía si no se la ve en su vecindad con la poesía. Poesía y filosofía brotan del mismo suelo como troncos cercanos que “crecen del Ser y se alzan hasta tocar su verdad”. Es posible que la poesía nos interpele a todos más directamente que la filosofía: todos comprendemos —no teórica, sino vitalmente, experimentalmente— que la poesía viene como un soplo desde alguna extraña región, que el poeta canta lo que escucha resonar desde lejos, que el poeta es una especie de *organon* de

extraordinaria sensibilidad y perceptividad. Pues bien, lo que ahora se trata de comprender es que todo eso también ocurre con el pensar filosófico. Si éste no se ha convertido en un decir anquilosado y pétreo, si mantiene pura y vívida su sensibilidad para el paso de aquello que nos da que pensar, entonces también él proviene de un escuchar. Escuchar es abrirse a lo lejano, a lo ausente, es quedar pendiente de lo que se nos pueda decir. Escuchar es radical humildad, docilidad a lo que es y —sobre todo— al Ser mismo en lo que es.

La filosofía —nos dice Heidegger— es el pensar que se mueve en el elemento del pensamiento. La poesía es el cantar que se mueve en el elemento del canto. Y nos recuerda que el primer verso de la más antigua poesía del Occidente empieza con las palabras: “Canta, oh diosa, la cólera...”: Μῆνιν ἄειδε, θεά, Μηλιδίῳδεῶ Ἀχιλλῆως. Pensamiento y poesía se despliegan en el elemento de la palabra. Y esta palabra —se nos dice— *ist der Wink und der Klang der Stille*, “es las señas y el resonar del silencio”. ¿De qué silencio habla Heidegger? Obviamente de aquel silencio que reina en el dominio de donde vienen esas señas y ese resonar que se van a plasmar en nuestra palabra humana. La palabra del pensar acoge las señas que provienen de ese ámbito silencioso y las descifra. La palabra del poetizar acoge el resonar de ese mismo silencio y lo convierte en canto, esto es, en celebración. ¿Qué son esas “señas”, esos *Winke* de que con tanta frecuencia nos habla Heidegger? Señas son señales que sólo puede comprender el que está en connivencia con quien las hace, el que “está en el secreto”. Esta connivencia puede provenir de un acuerdo previo o de una connaturalidad. El pensador es aquel que, por una especie de simpatía profunda con aquello que pide ser pensado, logra percibir como señas lo que para los otros pasa inadvertido. El pensador se ha vuelto connatural al Ser. Por eso puede recibir sus señas y descifrarlas, es decir, traducirlas al lenguaje humano del filosofar o —mejor— de eso que Heidegger llamará simplemente el pensar. El pensar piensa en palabras lo que recibe del Ser en forma de señas.

¿Y qué es el resonar —el *Klang*— del silencio que el poeta tiene que convertir en cántico? El resonar es el modo como el silencio se entrega al escuchar del *Dasein*. El resonar del silencio no es otra cosa que el silencio mismo resonando. Es precisamente lo que percibe el músico para traducirlo luego al lenguaje de sus instrumentos. A través de los sonidos de la música, lo que escuchamos es el silencio del Ser en su infinita y maleable riqueza. En cambio, el poeta transforma el resonar del Ser en palabras cantantes. Canto no significa aquí el sonido de la música, sino la celebración en palabras de la gloria esplendente de todo lo que es. La palabra

poética nos pone delante el ser de lo que ella canta, y lo hace surgir como si brotara por vez primera desde la nada del no-ser. Haciendo esto, el poeta pone de manifiesto el esplendor del Ser, lo glorifica.

De ese silencio originario del que vienen las señas y el resonar, es decir, de ese silencio del Ser, dice Heidegger en el texto que estamos examinando: *Die Stille ist die Versammlung des Seyns in die Rückkehr zu seiner Wahrheit*, “el silencio es el recogimiento del Ser en el retorno a su verdad”. ¿Qué quiere decir esto? El recogimiento *del* Ser es el reunirse en que consiste el Ser mismo. El Ser es una *Versammlung*, es la reunión de todo lo que es o —mejor aun— es la unidad primordial de todo lo que es. Es el *Logos* originario, es decir, la palabra de todas las palabras, la palabra en que toda palabra cobra su ser propio, su ser de palabra. Es aquella palabra de la que Heráclito decía en un famoso fragmento: οὐκ ἕμοῦ, ἀλλὰ τοῦ λόγου ἀκούσαντας ὁμολογεῖν σοφὸν ἔστιν ἐν πάντα εἶναι, “no a mí, sino al Logos escuchando es sabio condecir [con el Logos] que *todo es uno*”. El Logos de que aquí se habla es precisamente la palabra que es necesario escuchar cuando se escuchan las palabras de Heráclito. Lo que propiamente importa no son estas últimas, sino esa otra palabra —el Logos— que resuena en las palabras sonoras que emite Heráclito en su propio lenguaje. Ese Logos que nos lleva a pensar y a decir que *todo es uno*, y que nos lleva a ello porque él, el Logos, es el que reúne y recoge todo lo que es. Esta palabra por detrás de todas las palabras, esta cosa audible más allá de todo lo audible, no puede ser otra cosa que el silencio, el silencio originario, es decir, un silencio que no consiste en dejar de sonar lo que estaba sonando o en no sonar todavía lo que puede sonar, sino en estar más allá de todo lo que suena.

“El silencio es el recogimiento del Ser en el retorno a su verdad.” El Ser se recoge, se reúne consigo mismo en la intimidad de sí mismo, en tanto que *retorna* a su verdad. El Ser retorna a su verdad porque esa verdad no es otra cosa que el mismo Ser, esto es, el Ser en su abrirse para el *Dasein*. En este abrirse del Ser *en* y *para* el *Dasein*, el Ser no se vuelve otra cosa, sino que sigue siendo él mismo. Por eso *retorna*, pero retorna a su verdad. Y es ésta la razón por la que Heidegger dirá repetidas veces que el Ser “necesita” del *Dasein* y “hace uso” del *Dasein* para ser el Ser que él es. El Ser necesita del *Dasein* para desplegarse a sí mismo, para acontecer. Y el *Dasein* necesita del Ser para ser precisamente eso que él es: *Da-sein*, vale decir, el estar en el *Ahí* de lo abierto que es el Ser. El desplegarse —*wesen, die Wesung*— del Ser es su propio retornar a su verdad en el *Dasein*. Por el acontecer del Ser acontece la verdad.

Weil das Denken und das Singen im Element des Wortes wesen, ist das Denken und ist das Singen ein Sagen, “puesto que el pensar y el cantar se despliegan en el elemento de la palabra, es el pensar y es el cantar un decir”. Un decir, *ein Sagen, eine Sage*. Decir significa etimológicamente *mostrar*. Decir —*dicere*— viene del griego *δεικνυμι*, que significa mostrar, hacer ver algo. La palabra es lo ostensivo, y por eso el pensar y el cantar, que acontecen *en* la palabra, son ostensivos, son mostraciones. Son un decir. ¿Qué muestra el pensar? Muestra la cosa misma en su interna estructura. Muestra *das Gefüge des Seienden und des Seyns*, la textura del ente y del Ser. El pensar muestra los recodos del Ser, su *Kehre*, su girar entre sí y el *Dasein*. El Ser se confía al hombre y, al confiarse a él, se apodera de él, lo “retiene”. Por su parte, el hombre responde al Ser con su palabra humana, y de esta manera llega a ser el que es: *Da-sein*. El pensar piensa estos respetos de Ser a *Dasein* y de *Dasein* a Ser. Y, por su parte, el cantar, ¿qué es lo que muestra? Muestra el sér de lo que es. Muestra la gloria y el esplendor del Ser: *die Pracht des Schlichten*, la magnificencia de lo simple.

Pero este decir recibe —nos dice Heidegger— las señas y el resonar del silencio. Señas y resonar provienen del silencio y son del silencio. Lo que oye el pensar y lo que oye el cantar es, en el fondo, el silencio en su infinita riqueza. El decir es *das Gegen-wort zum Wort des Seyns*, la contra-palabra que responde a la palabra del Ser. *Das Sagen ist Antwort und keineswegs Ausdruck durch Sprache*, “el decir es respuesta y de ninguna manera expresión por medio del lenguaje”. El decir es respuesta a la palabra del Ser. Respuesta a las señas y al resonar del silencio. “Porque tan sólo en el decir viene a ser el lenguaje.” El decir no acontece *por* el lenguaje, sino que el lenguaje acontece por el decir. Y este decir es respuesta. Antes de ser palabra sonora, el decir es respuesta a la interpelación del Ser. Ahí está toda su esencia: en ser contraimpulso del movimiento del Ser hacia el ser humano. Ni siquiera el propio lenguaje —añade Heidegger— es en su esencia una expresión. Y si parece ser expresión, lo parece cuando es utilizado desde fuera (entiéndase, desde fuera de su ser, de su esencia) como medio de información.

Die Sage ereignet sich als Gedanke und Gesang, “el decir acontece como pensamiento y como canto”. *Die Sage fügt sich dem Ereignen von Wink und Klang des Wortes der Stille*, “el decir se pliega al acontecer de las señas y del resonar de la palabra del silencio”.

“Repitiendo dócilmente la palabra, el decir le inserta en la textura de la contrapalabra y susurra esta contrapalabra —para que la repita— al oído del lenguaje que espera, del lenguaje no hablado, para que el lenguaje que

de esta manera llega a ser habite en la palabra del silencio.” Este texto no es nada fácil de interpretar y encierra ciertamente algo muy medular del pensar heideggeriano. Por eso es necesario intentar descifrarlo con cuidado.

“Repetiendo dócilmente la palabra” —*Fügsam nachsagend das Wort*. Esta frase se dice del *decir*, su sujeto es el *decir*, tanto el decir filosófico, como el poético. Recordemos que el decir es un mostrar por medio del lenguaje; decir es in-dicar, señalar, poner de manifiesto. Pero este decir tiene un lejano origen. No se origina simplemente en la voluntad de decir algo, sino que ese algo que se quiere decir proviene de otra parte, no de nosotros mismos. En efecto, ¿de dónde sacamos nosotros nuestros pensamientos? ¿No es verdad que los pensamientos —tanto los de la filosofía como los del poetizar— nos vienen desde fuera de nosotros, “se nos ocurren”, como decimos con una expresión espléndida? En efecto, esta expresión significa que los pensamientos “nos o-curren”, es decir, *nos salen al encuentro*. Pero este salir al encuentro no es una mera pasividad de nuestra parte, sino que en él los pensamientos “se nos ocurren”. Este “nos”, añadido al “se”, indica que nosotros acogemos eso que nos sale al encuentro, esto es, que ponemos de nuestra parte la posibilidad de que “vengan” a nuestro en-cuentro, que “vengan al en-cuentro de *nos-otros*”. Hay aquí, por una parte, una pasividad, pero también hay, por otra, una tremenda actividad. Una pasividad que es, a la vez, un acto nuestro de hacer posible el encuentro.

El decir dice su palabra “repetiéndola”. En este re-petir o re-tomar se expresa la actividad del decir. Pero este repetir es *fügsam*, es dócil porque lo que repetimos es justa y precisamente lo que la palabra del Ser nos sugiere con sus señas y en su resonar.

“Repetiendo dócilmente *la palabra*”, la palabra que el Ser nos dirige..., es decir, plegándonos a esa palabra y diciéndola otra vez por nuestra parte (*nachsagend*), “[...] el decir la inserta en la textura de la contrapalabra”. La textura (*Gefüge*) de la contrapalabra es la estructura de nuestra lengua. La palabra escuchada al Ser debe ser dicha en lenguaje humano. Pero el lenguaje humano tiene su propia estructura. Por eso, la palabra escuchada tiene que ser *insertada* en nuestra lengua, en su textura, y tiene que ser repetida dentro de ella.

“[Y] susurra esta contrapalabra —para que la repita— al oído del lenguaje que espera, del lenguaje no hablado[...]”. El decir “le sopla” la contrapalabra, es decir, la palabra de respuesta a la palabra del Ser, al lenguaje que espera, al lenguaje aún no hablado y que él (el decir) habla en su decir. El lenguaje no hablado es la forma que cobrará el decir en la palabra que él tiene que decir, la palabra que se plasma cada vez en la

textura del lenguaje humano, para decir en palabras nuevas y humanas —en palabras de nuestra lengua— lo que dice la palabra del Ser.

Y de esta manera llega a ser el lenguaje, esto es: “de esta manera” = por el “soplo” del decir, el lenguaje cobra forma y figura en la palabra dicha, y así lo que el poeta y el filósofo dicen habita “en la palabra del silencio”: “[...] para que el lenguaje que de esta manera llega a ser habite en la palabra del silencio”. ¿Qué significa “el lenguaje que de esta manera llega a ser”? ¿De qué manera? ¿Cómo llega a ser? El lenguaje que llega a ser es el cantar de la poesía y el pensar de la filosofía; cantar y pensar que acontecen en la palabra de nuestra lengua. Esta palabra cantada y pensada es el lenguaje “que llega a ser”. ¿De qué manera? Por el “susurrar” del decir que le sopla la contrapalabra humana al oído del lenguaje que espera, del lenguaje que va a ser hablado en el cantar y el pensar. ¿Y cómo llega a ser este lenguaje final? Plasmándose en docilidad a la palabra del silencio, tomando volumen y cuerpo por la virtud de esta palabra y de la contrapalabra que responde a ella. Y así el lenguaje pensante y cantante viene a habitar en las honduras de la palabra del silencio. “Repetiendo dócilmente la palabra, el decir la inserta en la textura de la contrapalabra, y susurra esta contrapalabra —para que la repita— al oído del lenguaje que espera, del lenguaje no hablado, para que el lenguaje que de esta manera llega a ser, habite en la palabra del silencio”.

Heidegger continúa este bello e importante texto con las siguientes palabras: “De esta manera repitiendo y susurrando al oído, el pensar y el cantar ‘dictan’ en pensamientos y cantares la palabra en el interior del lenguaje. Pensar y cantar son el dictado-respuesta del silencio. Dictar se dice en alemán: *Dichten* [= poetizar]. Decir significa aquí: Soplo repitente de la palabra en el interior del lenguaje.” El “origen” del pensar y poetizar está en ese esencial “dictar” o “poetizar primordial” al que el pensar y cantar responden en las palabras de nuestra lengua. Ese “dictado” es la raíz común o —si se quiere— el suelo común de los dos troncos vecinos que son la poesía y el pensar.

“La esencia oculta del pensar y del cantar —continúa diciendo Heidegger— es la poesía [= dictado]. En ella se apoyan el pensamiento y el canto. En ella se apoya, previamente, la relación de ambos. Esta relación reúne, retiene en sí y preserva morosamente a ambos. La poesía-dictado acontece originariamente como la relación de ambos, a los que deja salir de sí misma, sin abandonarlos. La poesía-dictado es el decir-respuesta al silencio del Ser, decir-respuesta que pone en relación al pensar y al cantar, y lo es, porque ella ha acontecido desde el silencio.” □